



**¿Cómo se dan las relaciones entre conductas adictivas y los procesos identificatorios en la
adolescencia?**

Alejandro Hernández Medina

Trabajo de monografía presentado para optar al título de Especialista en Psicopatología y
Estructuras Clínicas

Asesora

Maricelly Gómez Vargas. Doctora en Psicología.

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Especialización en Psicopatología y Estructuras Clínicas
Medellín, Antioquia, Colombia
2025

Cita

(Hernández Medina, 2025)

Referencia

Hernández Medina, A. (2025) *¿Cómo se dan las relaciones entre conductas adictivas y los procesos identificadorios en la adolescencia?* [Trabajo de grado especialización]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Estilo APA 7 (2020)



Especialización en Psicopatología y Estructuras Clínicas, Cohorte VIII.



Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Agradecimientos

Quisiera comenzar expresando mi más sincero agradecimiento a mi familia, especialmente a mis padres, les agradezco profundamente su amor incondicional y su apoyo constante. Su fe en mí ha sido el motor que me permitió completar este camino. Gracias por ser mi pilar en los momentos difíciles. Sin ustedes, este logro no habría sido posible.

Además, mi más sincero agradecimiento a mi tutora de monografía la docente Maricelly Gómez Vargas cuya experiencia, paciencia y apoyo constante fueron fundamentales para la realización de este trabajo. Su guía no solo me proporcionó claridad académica, sino también motivación en momentos de duda. Su confianza en mí me impulsó a seguir adelante y superar los desafíos.

Tabla de contenido

Resumen	5
Abstract	6
Introducción	7
1 Desarrollo	8
1.1 La adolescencia desde una perspectiva psicodinámica	8
1.2 Prevalencia del uso y abuso de sustancias psicoactivas en adolescentes	14
1.3 Identificaciones y conductas adictivas	19
2 Conclusiones	27
Referencias	29

Resumen

El presente estudio es una revisión teórica que buscó responder a la pregunta sobre ¿Cómo se dan las relaciones entre conductas adictivas y los procesos identificatorios en la adolescencia? Para ello se buscó comprender la adicción analizando los procesos de identificación, dando lugar a tres apartados: la adolescencia desde una perspectiva psicodinámica; prevalencia del uso y abuso de sustancias psicoactivas en adolescentes; e identificaciones y conductas adictivas. Se abordó la manera como dichas conductas adictivas están estrechamente relacionadas con el entorno social y de relaciones de identificación entre pares. En este sentido se encontró que el consumo de sustancias tiene causas y factores particulares. Algunos autores dinámicos indican que el objeto droga tiene un papel singular en la vida del que la usa y se entiende que la persona no es sólo adicta a una sustancia sino a objetos concretos de los cuales dependerá adictivamente para disminuir el sentimiento de vacío y soledad. Desde esta perspectiva, los pares tienen un lugar influyente debido a que le proporciona al adolescente ciertas identificaciones para representarse en un espacio, tiempo y lugar.

Palabras clave: Identificaciones, vínculos sociales, conductas adictivas

Abstract

This study is a theoretical review that sought to answer the question: How do relationships occur between addictive behaviors and identification processes in adolescence? To do so, we sought to understand addiction by analyzing identification processes, giving rise to three sections: adolescence from a psychodynamic perspective; prevalence of the use and abuse of psychoactive substances in adolescents; and identifications and addictive behaviors. We addressed the way in which these addictive behaviors are closely related to the social environment and identification relationships between peers. In this sense, it was found that substance use has particular causes and factors. Some dynamic authors indicate that the drug object has a unique role in the life of the user and it is understood that the person is not only addicted to a substance but to specific objects on which he or she will depend addictively to reduce the feeling of emptiness and loneliness. From this perspective, peers have an influential place because they provide the adolescent with certain identifications to represent themselves in a space, time and place.

Keywords: Identifications, social bonds, addictive behaviors

Introducción

La adolescencia es un tema actual y recurrente en la sociedad, este campo de estudio se mantiene en un estado de constante discusión en relación a las múltiples teorías y concepciones que se tienen de dicha etapa. No obstante, cada disciplina por separado puede revelar un fenómeno particular representado por una metodología particular.

Con esto, es posible pensar como no existe una teoría única sobre el desarrollo del adolescente, sino, una pluralidad de enfoques y teorías que pone en consideración los mecanismos psíquicos latentes en dicha etapa. Sin embargo, el objetivo de este texto argumentativo es dar respuesta a ¿Cómo se dan las relaciones entre conductas adictivas y los procesos identificatorios en la adolescencia?

Para poder abordar la pregunta serán desarrollados los siguientes apartados que amplían el debate. En un primer momento fundamentar la noción de adolescencia desde autores psicodinámicos, realizando un breve recorrido descriptivo sobre algunos fenómenos por los cuales atraviesa el adolescente en esta etapa. En segundo lugar, contextualizar estadísticamente la prevalencia del uso y abuso de sustancias psicoactivas en adolescentes en relación a las dinámicas sociales; y por último, discutir cómo se dan las relaciones entre conductas adictivas y los procesos identificatorios en la adolescencia.

1 Desarrollo

1.1 La adolescencia desde una perspectiva psicodinámica

La adolescencia juega un papel fundamental, debido a que durante este periodo las exigencias sociales, los procesos identificatorios y el desprendimiento de las figuras parentales exponen a este a constituir los pilares de lo que será en su vida adulta.

En este texto argumentativo se entenderá el concepto de adolescencia como el periodo de transición de la infancia hacia el estado adulto. La misma noción de infancia nos remite a la adolescencia considerando sus dinámicas de paso desde la infancia a la denominada edad adulta o adultez. El intersticio entre ambos estadios es lo que se suele concebir como el campo de estudio y conceptualización de la adolescencia y juventud (Dávila, 2024).

Según Bueno (1996), los rasgos constitutivos de la adolescencia pueden distribuirse en dos grandes rúbricas, las cuales pueden evidenciarse como corpóreas (morfológicas y fisiológicas) y culturales (lingüísticas, cognitivas, rituales y educativas). La noción de adolescencia con su composición biológica - evolutiva es así una fase universal e inevitablemente necesaria para el desarrollo individual.

Stanley Hall describe la adolescencia como una etapa individual con tendencia a la contradicción; dicho individuo puede manifestar y expresar mucha energía y comportamientos desmedidos y paralelamente mostrarse indiferente y desganado Lozano (2014). Según esto, la adolescencia es el periodo de la conversión donde se justifica la rebeldía y la crisis personal. Según Fernández y Gil (1990) esta etapa corresponde a un estado de transición turbulenta, como un segundo nacimiento, porque es cuando aparecen las características esencialmente humanas.

Una teoría sobresaliente acerca de la adolescencia lo constituyen las teorías psicoanalíticas (Muuss, 1988). Freud propone su concepción del desarrollo en función de la dinámica de las etapas psicosexuales; en este caso, la adolescencia se corresponde con la etapa genital posterior a la fase infantil de latencia y es así como se da resolución a las cuestiones edípicas. Es decir, la misión del adolescente es alcanzar la primacía genital y la definitiva búsqueda no incestuosa del objeto amado.

Otros autores como Eriksson, Anna Freud o Blos, desarrollaron la psicología de la adolescencia influenciada por la teoría Freudiana (Delval, 2002). Sin embargo, cuestionaron la primacía que Freud otorgaba a los instintos biológicos en el proceso ontogénico, ya que

consideraban que los factores socio – históricos y relacionales y la psicología del yo pueden transformar el desarrollo y los impulsos instintivos.

Se podría pensar entonces que uno de los hitos más relevantes de la adolescencia es el desarrollo o la construcción de la identidad. Según Ives (2014) todo adolescente necesita saber quién es, el niño prepúber se identifica inicialmente a través de sus padres o adultos de su entorno, pero el adolescente necesita desarrollar su propia identidad y ser él mismo.

Erikson es uno de los autores más influyentes en relación a la teoría de la adolescencia, quien introduce el concepto de “crisis de identidad”. Para Erikson, el desarrollo del yo se caracteriza por la adquisición de una identidad diferenciada e incorporada por la esfera social (Lozano 2014). Por ende, la adolescencia se constituye como una etapa de prórroga para que el joven integre su niñez con las expectativas del futuro. Y con base a esto, el individuo establece un sentido de identidad personal previniendo la difusión de su rol y las diferentes crisis personales.

Así mismo, Erikson amplió la teoría del desarrollo enfocada en la importancia del contexto social, los valores y requerimientos sociales en la constitución de la vida psíquica del individuo, agregó además etapas adicionales que ocurren durante la adolescencia y la adultez posterior a la resolución edípica. Según el autor, el desarrollo humano solo se puede comprender por medio del contexto social al que se pertenece, cada etapa del desarrollo significa una dificultad o una crisis emocional, avanzando etapa por etapa sin saltarse la anterior. Existen diferentes factores que influyen en el desarrollo psicosocial del individuo, ellos son:

- **Dimensión comunitaria:** El joven crea un vínculo con todo aquello que lo atraviesa socialmente (fenotipo, temperamento, talentos y vulnerabilidades) y determinadas decisiones o elecciones que debe ejercer (oportunidades académicas, laborales, vínculos afectivos y sociales) todo ello dentro de dinámicas culturales e históricas.
- **Dinámica del conflicto:** El adolescente en su tendencia contradictoria atraviesa sensación de vulnerabilidad exacerbados a tener grandes perspectivas individuales.
- **Modelos recibidos:** El individuo busca las marcas, los investimentos libidinales con los que contó en la primera vuelta edípica, es decir, salir a la exogamia implica jugar con los recursos que las figuras parentales han brindado durante la infancia.

Según Erikson hay períodos en la historia vacíos de identidad debido a tres formas básicas de aprehensión humana (Ives, 2014):

- Miedos despertados por hechos nuevos, tales como descubrimientos e inventos que alteran la imagen del mundo, la forma de interactuar, trabajar o pensar.
- Ansiedades despertadas por peligros simbólicos como consecuencia de la desintegración de las nociones ideológicas anteriormente existentes.
- Temor a un abismo existencial desprovisto de significación.

Según Erik Erikson la adolescencia corresponde al estadio V del ciclo vital, en esta etapa la identidad del individuo, cuando la crisis psicosocial es la Identidad (resolución favorable) en contraposición a confusión de roles o de identidad (resolución desfavorable). La fuerza básica es la fidelidad y las relaciones significativas serán los pares y modelos de liderazgo. Así mismo, para llegar a esta crisis psicosocial el adolescente debe de superar las cuatro etapas anteriores siendo lo ideal que haya sido de forma favorable.

Con base a esto, se podría pensar que el desarrollo adolescente dependerá en gran parte en la superación de los estadios previos del ciclo vital del individuo, además, un desarrollo favorable de la identidad del adolescente influirá significativamente en las etapas post adolescencia, es decir, que en cada estadio se encontrará una crisis psicosocial influenciada por las relaciones significativas y que, particularmente en la adolescencia es la fidelidad al entorno que lo rodea. (Ives, 2014).

Ahora bien, desde este punto de vista el ser humano al describirse a sí mismo puede acceder a su propio concepto de yo pero, paradójicamente, puede ser o no una representación exacta de su yo real, es decir, su versión idealizada de yo se adopta como yo real, lo que trae consigo múltiples conflictos en el mismo. En ese sentido, para que el adolescente logre la realización de su yo debe de poseer o por lo menos considerar la posesión de un yo idealizado que le sirva de modelo (Hernández, 2006).

Así mismo, y paralelamente, este efecto puede resultar nocivo para el mismo, donde el adolescente realice activamente conductas copiadas del yo ideal, las cuales pueden ser imposibles de lograr, que representen una imagen ilusoria, falsa y ajena a la realidad; y de esto, la aparición

de un conflicto interno que se manifieste de forma neurótica, cuyo origen sean los fallidos intentos de curar o resolver el conflicto.

Con relación a esto, una elaboración adecuada del narcisismo infantil implica un pasaje de un yo ideal auto-engrandecido a un ideal de yo adulto; lo que implica una desilusión progresiva y necesaria con respecto al self y el objeto narcisista. Según Blos (1981) la desidealización “es el más afligente y tormentoso aspecto del crecimiento” (p. 393). Es decir, implica el reconocimiento de las propias limitaciones como proyección favorable del adolescente hacia una etapa de vida adulta realista. Por ende, el adolescente durante esta etapa deposita su ideal en el otro y en el entorno, por lo cual la adolescencia culmina como estabilización estructural y formación definitiva del carácter que indica que la niñez ha pasado y se vislumbra la adultez (Blos, 1972).

Por el contrario, si existe un “desarrollo yoico impedido durante la latencia por fijaciones pulsionales en el nivel del narcisismo infantil, la vulnerabilidad de este yo dificulta la oportunidad de solucionar conflictos infantiles” (Blos, 1981, p. 384). Es decir, el yo no se independiza de la idealización fantasiosa del infante, impidiendo generar una línea que separe la fantasía de la realidad. En este sentido, el yo adolescente es impedido de armonizar sus sensibilidades, vulnerabilidades e idealizaciones las cuales conforman la esencia del self de cada individuo (Blos, 1981, p. 401).

La diferenciación entre la fantasía infantil y la realidad permite consolidar en el adolescente un aparato psíquico “maduro” debido a que es capaz de consolidar una interioridad psíquica en contraste a un entorno social, es decir, el afuera y el adentro quedan instalados como dos lugares en los cuales los procesos psíquicos aseguran la capacidad de flexibilidad tanto como el sentido de realidad (Blos, 1981).

Pareciera ser que Peter Blos supone que el punto del adolescente se dirige a lo social y al vínculo con el otro, con lo que de alguna manera se acerca a la concepción de la etapa del desarrollo psicosocial de Erikson, pero con la diferencia que este acercamiento al entorno no es prioritario, sino que es un proceso de maduración psíquica que se debe de completar previniendo y desligándose de las idealizaciones que no contemplan las necesidades del adolescente, por ende, Blos se distancia de esta manera de Erikson y retoma una perspectiva más Winnicottiana.

Para Winnicott, su perspectiva se aparta del adaptacionismo debido a que “La adaptación tiene que ver con la perfección, lo que en realidad implica que se genere un pseudocrecimiento y una pseudomadurez” (Winnicott, 1972, p.193), lo que se puede entender como el concepto de falso

self (Winnicott, 1981). En el caso del adolescente, Winnicott propone que este no tiene que lograr algo especialmente, solo crecer, esto es lo prioritario en la etapa de vida de este sujeto. Según esto, el adolescente puede desarrollar un falso self basado en la necesidad de adaptación social pretendiendo un desarrollo individual, por ende, se podría pensar que la independencia como producto social es un sentimiento y no una realidad en sí (Winnicott, 1972).

Con respecto a su independencia, Klein (2014) menciona que el adolescente puede sentirse libre e independiente, tanto como haga falta para la felicidad y para el sentimiento de posesión de una identidad personal. Es decir, que la identidad personal es un sentimiento derivado del crecimiento individual del adolescente, más no un proceso de identificaciones sociales con sus pares. Aunque esta posición del autor permite comprender la fenomenología del periodo transicional del adolescente, es de tener en cuenta que la misma pasa por requisitos sociales los cuales implican ciertos grados de adaptabilidad al entorno.

Con base en esta idea, se encuentra oportuno resaltar como entre Winnicott y Erikson existe una dualidad en relación a la etapa de desarrollo evolutivo del adolescente, donde por un lado se busca un “crecimiento individual” desde el punto de vista de madurez afectiva y responsabilidad; y por el otro lado, se presenta un conflicto psíquico y social donde el adolescente busca un sentido unificado sí- mismo a partir de sus vivencias previas y actuales dentro del entorno familiar y social.

Ahora bien, entrar al mundo deseado y temido significa para el adolescente la pérdida de su condición de niño (Aberastury, 1969); los cambios psíquicos que emergen en esta etapa son equivalentes de los cambios fisiológicos, los cuales implican una nueva relación con las figuras parentales y el mundo. Sin embargo, esto sólo es posible por la elaboración lenta y angustiada del duelo por el cuerpo infantil, la identidad infantil y la vinculación con las representaciones paterna y materna.

Inicialmente el adolescente se moverá entre los impulsos de desprendimiento y a la defensa que impone el temor a la pérdida de lo conocido; es decir que la adolescencia es un periodo de contradicciones, confusiones, ambivalencias caracterizado por fricciones con el entorno familiar y social. En definitiva, un periodo de crisis adolescente.

Lo anterior permite entender cómo el adolescente se incluye en el mundo con el cuerpo ya maduro, la imagen que tiene de sí ha cambiado también su identidad; por lo tanto, es imprescindible introyectarse en una posición que le permita su desenvolvimiento en el entorno que lo rodea. Postura que se asemeja a las etapas de desarrollo psicosocial de Erik Erikson, no obstante, la autora

propone que en esta etapa fluctúa entre la dependencia y una independencia extrema, y solo la madurez le permitirá ser independiente dentro de un marco de necesaria dependencia (Aberastury, 1969).

El proceso de maduración y crecimiento de los primeros años de la adolescencia, la estabilidad de los afectos, el monto de gratificación, frustración y la gradual aceptación a las exigencias sociales marca para él la intensidad y la gravedad de los conflictos psíquicos. Es decir, que “el adolescente se enfrenta con el mundo adulto y si se quiere que el niño llegue a adulto, ese paso se logrará por sobre el cadáver de un adulto. (Doy por sentado que el lector sabe que me refiero a la fantasía inconsciente, al material que subyace en los juegos). En algunos casos se podría decir: Sembraste un bebé y recogiste una bomba. En rigor esto siempre es así, pero no siempre lo parece” (Winnicott, 1972, p.186).

Para Winnicott un logro de salud mental se podría entender como la capacidad que tiene el adolescente de madurar y crecer desde un ambiente facilitador no intrusivo, de este modo, si el núcleo familiar y el entorno social establecen dinámicas que permiten la expresión de maduración como una continuidad que el self establece desde sí mismo, “puede el nuevo bebé, en situación de dependencia, gozar de continuidad en la línea de su vida, y no pasar por una pauta de reacción ante lo impredecible y volver a empezar una y otra vez” (Winnicott, 1972, p.183).

Agregado a lo anterior, "los esfuerzos adolescentes que hoy se hacen sentir ...deben ser encarados, convertidos en realidad por medio de un acto de confrontación" (Winnicott, 1972, p.190). Para esto, en la teoría winnicottiana, el padre vivo no abdicante de su posición es aquel encargado de preservar esa inmadurez necesaria para que el adolescente crezca, a diferencia de la concepción Freudiana del padre totémico o el padre Lacaniano (Dör, 1990) que en definitiva se encuentra muerto para establecerse en el orden de lo simbólico. Es por esto, que en la teoría winnicottiana, sólo el padre vivo no abdicante de su posición hace efecto de estructura y es el que puede preservar esa irresponsabilidad necesaria para que el adolescente crezca. Es por eso que Winnicott señala enfáticamente la necesidad de que el adolescente viva su inmadurez, preservando su irresponsabilidad (Winnicott, 1972).

Esta concepción de adolescencia de autores psicodinámicos se diferencia de otras propuestas de cómo entender esta etapa, de mismo modo, en este apartado se ha intentado desarrollar algunas contribuciones uno de los puntos a resaltar es que tanto como en el orden de lo social y lo familiar el adolescente se encuentra atravesado por múltiples conflictos psíquicos

relacionados a su noción de identidad basado en la construcción de un ideal y en su concepción de madurez. Para finalizar, se podría pensar que la crisis adolescente se sitúa no desde un “afuera”, ni desde un “adentro” sino de un “entre” lo cual remite al espacio transicional.

1.2 Prevalencia del uso y abuso de sustancias psicoactivas en adolescentes

A partir de las revisiones realizadas, es posible entender cómo el periodo de la adolescencia es una etapa de crecimiento exponencial y de vulnerabilidad a riesgos considerables dentro del contexto social, el cual puede tener una influencia determinante en el desarrollo de algún tipo de conducta o comportamiento particular (Rodríguez et al. 2021). El consumo de sustancias psicoactivas durante la adolescencia constituye un fenómeno social, debido a que es en este periodo en el que se comienza el despertar hacia la edad adulta, muchos adolescentes practican el consumo experimental y recreativo, especialmente el alcohol, el tabaco y el uso de otras sustancias que con el tiempo los adolescentes se vuelven dependientes para poder sobrellevar su diario vivir (Tumbaco., 2018). Con base a esto, vale la pena preguntar ¿Qué papel juegan las conductas adictivas durante el periodo de la adolescencia?

Para responder a esta pregunta, cabe resaltar aquello que Rull (2018) menciona: “el sujeto busca las marcas, los investimentos libidinales con los que contó en la primera vuelta edípica” (p. 24) es decir, salir a la exogamia, implica jugar con los recursos que las figuras parentales han brindado durante la infancia; lo que ocurre es que en diferentes situaciones aquellos recursos que el sujeto obtiene de estos son limitados, por lo tanto, e ilustra la autora, en este periodo, el adolescente no logra identificar qué hacer para reconocerse y hacer que lo reconozcan, no sabe qué desea de aquel encuentro con lo desconocido, llevándolos en algunas ocasiones al recurso de la droga, para paliar el dolor que la conmoción de lo desconocido le produce.

La adicción en otros términos presenta una estructura narcisista que revela la verdad, el fracaso del adolescente en la organización narcisista (Rull, 2018), es decir, cualquier falta le produce la imposibilidad de soportarla, lo que remite a un vacío el cual se debe de llenar de inmediato. Según Frizzera (2001) “en la primera a falta de una mirada de sostén y reconocimiento, sólo ha encontrado una órbita vacía, la droga es para el adolescente la restitución al cuerpo de un órgano faltante” (p. 8). En otras palabras, una prótesis psíquica. Con base en esto, convertirse en parte de un grupo muestra una particular relación de entender el contexto en el que se vive, en otras

palabras, se pone en marcha el mecanismo de identificación, ya que el adolescente suele incluirse en aquellos conjuntos que, en algún aspecto y de alguna forma, los representa. En este sentido puede pensarse que *pertenecer, sentirse y hacerse parte de* un grupo constituyen instancias nodales en el proceso de construcción de la identidad tanto personal como social. El encuentro con el otro le permite al adolescente un insumo para responder ¿quién soy? ¿quién estoy siendo? ¿quién quiero ser? Dicho de otro modo, se podría afirmar que es imposible hablar de un individuo sin mencionar el entorno donde se encuentra.

Según Piedra et al. (2018) los adolescentes observan diferentes personas de su entorno usando y abusando de sustancias psicoactivas; frecuentemente la escena social de ellos gira alrededor de beber y fumar cannabis. Ocasionalmente algunos amigos se presionan entre sí para probar algún tipo de sustancia, sin embargo, la fácil adquisición de la misma también es un factor que influye en los inicios del consumo, por ende, el uso de drogas se convierte en una parte normal de la experiencia del adolescente. Además de esto, el mismo autor plantea que un número considerable de adolescentes consumen drogas socialmente aceptables como el alcohol y tabaco.

Para continuar, el Gobierno de Colombia decidió adoptar la metodología del SIDUC (Sistema Interamericano de Datos Uniformes sobre Consumo de Drogas), ofrecida por la OEA/CICAD. Dicha metodología ha sido desarrollada, validada y perfeccionada permanentemente en los últimos años, mediante su aplicación y progresivo perfeccionamiento en estudios realizados en varios países del continente americano. El uso de esta metodología permite proveer un marco metodológico común que facilita hacer comparaciones sobre la situación de consumo de drogas entre los países del hemisferio, y en un mismo país en aplicaciones sucesivas, contando con un enfoque conceptual y epistemológico unificado, un paquete integrado de procedimientos y herramientas, y un conjunto estandarizado de variables, indicadores y categorías de análisis.

Según el estudio nacional de sustancias psicoactivas del 2022 señala que el 47,8% de los escolares han consumido bebidas alcohólicas alguna vez en su vida, 51,2% de las mujeres y 44,1% de los hombres. El porcentaje de escolares que refieren consumo de alcohol en el último año descende al 41 %, superior en más de seis puntos porcentuales en las mujeres (44,2 %) que en los hombres (37,8 %). Entre aquellos escolares que no habían consumido alcohol previamente, un 34,6 % lo hizo por primera vez durante el año previo al estudio y un 21,6 % consumió por primera vez durante el mes previo al estudio. Nuevamente, las cifras son superiores entre las mujeres.

Los análisis epidemiológicos indican que 6% de los escolares han consumido alguna vez en su vida marihuana, 4,1% la ha consumido durante el último año y 2,4% en el último mes. La prevalencia vida, año y mes del consumo de marihuana es más alta en hombres que en mujeres, sin embargo, esta diferencia se acorta en los consumos más recientes. Entre aquellas personas que no habían consumido marihuana previamente, un 3,2% lo hizo por primera vez durante el año previo al estudio, superior entre las mujeres (3,3%) respecto de los hombres (3,1%).

Con respecto a las sustancias inhalables, se encontró que respecto del uso alguna vez en la vida, se observa un aumento en el uso de estas sustancias entre el 2011 y 2016, principalmente entre las mujeres, para luego observar un descenso en el estudio 2022. En los últimos dos estudios la prevalencia en las mujeres supera levemente a la de los hombres. Esta misma situación se presenta al analizar la prevalencia en el último año un importante incremento entre las mujeres entre el 2011 y 2016 (mientras en los hombres la prevalencia permanecía estable), con una importante reducción en el último estudio, con las estudiantes mujeres presentando un registro ligeramente superior a la de los hombres.

En el entorno social donde se expone frecuentemente el adolescente existen diversas circunstancias que pueden influir directa o indirectamente en el fenómeno de consumo problemático; las encuestas anteriores señalan que la edad promedio para el inicio del consumo de sustancias psicoactivas en los estudiantes es de 12 y 13 años. Así mismo, Navarrete et al. (2013) relata que aunque los padres influyen en el consumo de sustancias, la influencia de hermanos, compañeros y amigos es mayor, agrega además que, de acuerdo con las características de socialización, el consumo de sustancias por parte de pares y compañeros puede aproximar a los adolescentes al inicio de una conducta adictiva; es durante esta etapa cuando existe una mayor exposición, esto se debe a que la adolescencia no ha alcanzado aún su proceso de desarrollo y las decisiones se toman con mayor frecuencia basadas en las emociones y el placer.

Knight et al. (2003) agregan que la asociación entre pares y compañeros representa un fenómeno diferente a la presión social, debido a que la presión social implica un acto pasivo e inocente de experimentar y consumir sustancias psicoactivas; mientras que la asociación muestra un agente participativamente activo que influye en las normas de comportamiento dentro del grupo social. Es decir que, el adolescente en su proceso identificador presenta un rol activo para ser parte de la asociación.

Según la Organización de los Estados Americanos (2013), no existe un factor que determine por sí solo que un individuo desarrolle una dependencia a una sustancia psicoactiva, no obstante, identificaron una variedad de factores que contribuyen al desarrollo de una adicción, tales como: factores medioambientales, psicológicos y sociales, además y uno de los más importantes es la edad del primer consumo.

El primer contacto de los adolescentes con sustancias incluye generalmente la experimentación con el alcohol y la nicotina, las cuales son consumidas ampliamente por la población debido a la facilidad en adquisición y aceptación social. Según Molinero (2011) el aumento del uso y abuso de sustancias psicoactivas durante la adolescencia se ve facilitado por características evolutivas tales como búsqueda de identidad personal, pérdida de valores familiares y la necesidad de aceptación por parte de grupos sociales.

Jiménez (2011) puntualiza que el consumo de ciertas sustancias es un comportamiento fundamentalmente social, y que el consumo moderado u ocasional durante la adolescencia es socialmente aceptado en algunos contextos culturales actuales; esta afirmación hace necesario pensar críticamente la relación entre el consumo de sustancias y las dinámicas tanto individuales como sociales del adolescente.

Sánchez et al. (2014) realizaron una investigación con 1.285 adolescentes de ambos sexos de cuatro centros educativos de Monterrey (México), con el fin de contrastar un modelo explicativo del consumo de drogas ilegales, considerando variables personales, familiares, escolares y sociales, encontrando así una relación significativa entre el contexto comunitario y el consumo de drogas ilegales a través de la valoración individual que se tiene de sí mismo, es decir, que la percepción subjetiva que tiene cada adolescente sobre sí facilita o permite la aparición de un comportamiento adictivo o no. Para agregar a esto, los resultados del estudio realizado a los Córdova et al (2010) a los adolescentes mexicanos indican una relación entre depresión y el consumo de sustancias psicoactivas, mencionando que los adolescentes que perciben su “vida más satisfactoria” y con mayor percepción favorable sobre sí mismo, influye en la no aparición de comportamientos adictivos.

Becoña et al (2013) analizaron cómo el afecto materno y paterno se encontraba relacionado con el consumo de alcohol, nicotina y cannabis en 1.428 jóvenes de Mallorca - España, logrando identificar así que a mayores niveles afectivos de las figuras parentales pero con menos control disciplinario los adolescentes tenían más probabilidad de desarrollar conductas adictivas En

contraparte, García et al. (2010) encontraron que la exposición social a las sustancias psicoactivas trae un riesgo adicional a desarrollar un comportamiento adictivo durante la adolescencia, independientemente de los estilos parentales dentro del núcleo familiar, es decir, que el entorno social influye mayormente en la aparición de conductas adictivas que las dinámicas familiares; cabe resaltar que el autor hace mención a la prevalencia de consumo en adolescentes varones que femeninas.

Moreno et al. (2017) estudiaron una muestra compuesta por 245 adolescentes de ambos sexos entre 13 y 17 años de edad de la ciudad de Medellín - Colombia. Seleccionados según criterio de comparabilidad, así: 120 estudiantes sobresalientes tanto a nivel académico (promedio igual o superior a 4.2) y social (sin problemas de conducta aparente), de algunos colegios públicos y privados, seleccionados por los mismos coordinadores académicos de las instituciones educativas; y 125 adolescentes en tratamiento por consumo de SPA, internados en comunidades terapéuticas de la ciudad. Mientras en el grupo de estudiantes la distribución por sexo fue de 50/50, en el grupo de consumidores fue de 75% hombres y 25% mujeres. En términos generales se puede decir que la mayor parte de los participantes en este estudio son adolescentes varones (62,4%), dado que los adolescentes institucionalizados por consumo de psicoactivos son en su mayoría varones; con una edad promedio de 15,02 años y una desviación estándar de 1,365; y casi todos son solteros (97,6%). En cuanto a los factores familiares, el tipo de familia no evidencia diferencias respecto al consumo abusivo de sustancias psicoactivas, indicando que no existen diferencias estadísticamente significativas en el índice de consumo de sustancias psicoactivas según el tipo de familia.

Con respecto a los factores psicosociales, de acuerdo con los autores existen diferencias estadísticamente significativas entre los adolescentes que tienen una percepción favorable sobre sí y sensación de “satisfacción” sobre los que no, reportando así que el índice más bajo de consumo de sustancias psicoactivas son los que mayores puntuaciones obtuvieron en las variables.

Cabe recordar que esta etapa experimenta una crisis de la vida del ser humano, pues durante el periodo de la adolescencia es posible apreciar diferentes cambios como físicos, emocionales, sociales y psíquicos (Ponce- Bacusoy et al., 2021). Son precisamente estos cambios, los que dan origen a complejas situaciones de la vida cotidiana de los adolescentes, los cuales para algunos resulta relativamente “difícil” de tramitar y asimilar favorablemente; y paralelamente, estos procesos se relacionan directamente con el desarrollo de su propia identidad, así mismo, como el modo de relacionarse consigo mismo y con sus pares.

Según Erskine et al., (2017) han identificado una menor atención al disturbo ocasionado por el consumo de sustancias, así como otros trastornos mentales tanto en niños y adolescentes en comparación con los adultos, aunque el desarrollo de conductas adictivas durante la adolescencia es una de las principales causas de patologías mentales en la adultez. Así mismo, los adolescentes y el consumo de sustancias psicoactivas han sido de importancia para la salud pública pues la bibliografía que se muestra en este apartado permite observar una asociación entre el consumo problemático y nocivo de sustancias; y problemas biopsicosociales.

1.3 Identificaciones y conductas adictivas

Para desarrollar este apartado es de vital importancia comprender cómo se estructura el psiquismo humano y el papel esencial que cumplen las relaciones con el objeto para su desarrollo. Por ende, se definirá la relación con el objeto como aquella estructura representacional específica que permite la organización del Yo (Greenberg y Mitchell, 1983).

En primer lugar, para comprender esto a mayor profundidad se debe de pensar en términos de procesos mentales tempranos con los cuales el infante estructura su mundo a partir de experiencias significativas que se unifican a lo largo de su proceso evolutivo. El aparato psíquico cuenta con dos estructuras importantes: el sí - mismo y el objeto como entidades separadas, totales y constantes (Mahler, 1977). Es decir, que el psiquismo humano puede entenderse desde una postura de representación objetal como la manera del individuo de relacionarse con su mundo y evolutiva en cuanto a los cambios psíquicos y corporales que atraviesa el individuo a lo largo de su vida.

En segundo lugar, el concepto de Sí- mismo se comprenderá como la capacidad del Yo para la construcción de una identidad, de aquello por lo cual se es uno mismo, tanto de sentimiento como coherencia interna; sin embargo, no puede pensarse y definirse en su totalidad, ni llano, liso o inmutable (Kernberg, 1979). Por lo tanto, es esperable que este sentimiento de sí - mismo cumpla funciones adaptativas del individuo, es decir, una consciencia lúcida relativamente constante (Kohut, 1989).

Por su parte, el objeto hace referencia a la persona o personas cuidadoras de una primera infancia, las cuales permiten y orientan la estructura de las relaciones dinámicas entre las representaciones del sí - mismo y el objeto que conforman la vida intrapsíquica del individuo, y

paralelamente estructuran las formas de relacionarse con los otros (Greenberg y Mitchell, 1983). Esto es lo que en último término, forma en gran medida las maneras en que el individuo se relaciona con el entorno, y así mismo, explica que la estructuración del psiquismo se dé en los primeros años de vida (Bowlby, 1958).

Conocer cómo se estructura la vida intrapsíquica del individuo permite comprender el concepto de identidad, y a su vez, las defensas o síntomas que pueden aparecer para protegerse de una posible “des-diferenciación de sí-mismo” o dicho de otra manera, la desorganización de las representaciones establecidas previamente e incluso, de la desintegración de algunos elementos de estas representaciones internas que conforman su mundo interno (Kernberg, 1979).

Dicho esto, ocasionalmente se observa la ausencia de relaciones objetales, pero más profundamente, cuando las relaciones internalizadas son intensas, primitivas, atemorizantes, persistente en el Yo imágenes infantiles, “irreales” y de características ambiguas, lo que entorpece la formación de un concepto integrado de sí - mismo (Peréz, 2022). Esto revela aspectos sintomatológicos de dependencia y labilidad emocional. Dicho de otra forma, el individuo presenta dificultades en la imagen integrada y coherente de sí mismo, y a su vez, de sus objetos significativos; y a partir de esto, es posible comprender la fenomenología sintomática en la estructuración del psiquismo.

Con base a lo analizado en los capítulos anteriores y a la luz de las implicaciones relacionales que existen en la estructuración del psiquismo, se puede decir que las conductas adictivas son un recurso del individuo para vérselas con su mundo interno, como el resultado de una falla o déficit en la estructuración misma, y específicamente, en el establecimiento de la relación con el objeto, con las consecuencias que esto acarrea para las representaciones del sí-mismo y del objeto (Palacio, 2011; Rodríguez, 2014).

Las características del mundo interno del individuo se van manifestando de forma dinámica a lo largo de la historia evolutiva del sujeto, en la naturaleza de sus relaciones, y su funcionamiento cognitivo, emocional y evolutivo (Horner, 1982). Sonia Abadi (2001) en su artículo *El origen temprano de las patologías adictivas* asume una postura similar donde indica lo siguiente:

Los trastornos que originan un déficit en la instauración del pensamiento simbólico se relacionan con diferentes tipos de fracaso en la estructuración del psiquismo y la construcción de los objetos internos: la elaboración reactiva del conflicto dependencia-

independencia, la persistencia de formas primitivas de ambivalencia y la patología del uso de objetos. (...) La adicción a objetos y sustancias será la heredera directa del fallo en la capacidad de pensar, del fracaso de la actividad de la fantasía, de la incapacidad para jugar, y finalmente del reemplazo de la palabra por el acto y del objeto vivo y deseante por la cosa concreta (p.1).

Con base a esto, es posible evidenciar cómo las conductas adictivas pueden ser comprendidas entonces como un fenómeno generado por fallas o déficit en el desarrollo del mundo evolutivo intrapsíquico del individuo, mostrando cómo la relación internacionalizada del objeto y la estructuración de las representaciones constituyen la estructura del síntoma mismo, como su aparición y desarrollo (Martínez, 2014). No obstante, también se puede abordar el panorama adictivo como un recurso del Yo para hacer frente a los conflictos intrapsíquicos del individuo; por lo cual, si la representación total del objeto y del sí - mismo no se logra integrar coherentemente en una estructura, tendrá que ser *escindido* de la conciencia a causa de su impacto potencialmente desorganizador (Rodríguez, 2014). Es decir, que a mayor potencial de fragmentación o desorganización, más frágil y lábil será la organización entre el sí mismo y objeto, lo que perjudica los mecanismos usados por el Yo del individuo.

Fairbairn (1978) En relación al papel de las figuras parentales menciona que “Al niño le es imposible vivir sin ellos, y así, resulta insoportablemente doloroso el hecho de vivir en el mundo en el que los padres, constituyen la totalidad del mundo interpersonal del niño, no están disponibles o son arbitrarios (...) Puede llamarse a estas internalizaciones los objetos malos, con los que el ego se identifica” (p. 8).

Se ve entonces que en las conductas adictivas, el objeto “droga” no solo guarda un relación con las consecuencias orgánicas, sino que está mediado por la estructura de personalidad del individuo que abusa de ella, es decir, que lo importante será el valor simbólico que toma el objeto “droga” para el individuo (Pérez, 2022). Con esto, no se pretende afirmar que existe un tipo de personalidad más propensa a utilizar este objeto para arreglárselas con el mundo y la realidad interna o externa; cualquier tipo de persona es propensa a desarrollar un síntoma adictivo, no obstante, esto se ve influenciado por las vivencias propias de la relación con la interiorización del objeto, o sea, las experiencias que integren las representaciones del sí-mismo y el objeto

(Rodríguez, 2014). Pero que sí es seguro el valor subjetivo del objeto droga para el individuo como mecanismo para enfrentar un conflicto intrapsíquico.

La hipótesis que guía esta propuesta de explicación relacional determina que los individuos más vulnerables al síntoma de las conductas adictivas se encuentran en los niveles intermedios de desorganización del Yo en relación con los conflictos intrapsíquicos que influyen en la construcción de la identidad del individuo.

Para argumentar este capítulo, se parte de uno de los fenómenos descritos por Freud en *Más allá del principio del placer* de 1920 y su interpretación del temprano juego del niño del *Fort-da*; en este juego, el infante al arrojar un carretel con una cuerda profiere un «*Fort*», un “se va”, y al retrotraer la cuerda y retornar el carretel, el niño dirá «*Da*», “vuelve”. Freud pone en consideración que el niño a través del juego toma poder y se vuelve activo sobre algo que no puede someter al capricho de sus deseos pulsionales, en este simple juego el niño logra tramitar las ausencias, las intermitencias y las demoras de los cuidados maternos y de la madre misma

Lo señala Freud (1920) de la siguiente manera: “La interpretación del juego resultó entonces obvia. Se entramaba con el gran logro cultural del niño: su renuncia pulsional (renuncia a la satisfacción pulsional) de admitir sin protestas la partida de la madre. Se resarcía, digamos, escenificando por sí mismo, con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar “(p. 15).

Se podría pensar entonces “que este primer vínculo de amor del niño está condenado al sepultamiento justamente porque es el primero, pues esas tempranas investiduras de objeto son por lo general ambivalentes en alto grado; junto al amor intenso está siempre presente una intensa inclinación agresiva, y cuanto más apasionadamente ame el niño a su objeto, tanto más sensible se volverá para los desengaños y denegaciones de su parte. Al fin, el amor tendrá que sucumbir a la hostilidad acumulada” (p. 115).

Estas ideas serán más adelante abordadas por la teoría relacional de Margaret Mahler, donde la ambivalencia en la relación con el objeto, particularmente en la fase del proceso separación - individuación, y en la subfase de reaceramiento se pueden observar dos tipos de comportamientos simultáneos pero paradójicamente opuestos; el seguimiento y la huida, lo que indica el deseo de encontrarse con ese objeto amor pero a su vez, el temor del individuo a ser “reabsorbido” por la simbiosis establecida por la madre (Mahler, 1977).

Este abordaje puede relacionarse con las conductas adictivas, en cuanto a que el objeto de dependencia genera efectos evidentemente ambiguos en el individuo, ya que su valor busca romper

la relación de dependencia psíquica con el objeto primordial (Palacio, 2011). Por ende, las conductas adictivas cumplen un doble objetivo de la ambivalencia, alejarse del objeto pero a la vez depender de un objeto; con esto, se trata de resolver las fallas estructurales intrapsíquicas del sí - mismo y el objeto (Abadi, 2001).

En general, puede decirse entonces que las conductas adictivas intentan desprenderse del medio relacional simbólico y el objeto al que está enlazado, pero del cual no logra separarse (Mahler, 1977), constituyéndose así el síntoma como una forma de negar la ambivalencia en la relación con el objeto (Fenichel, 1966). Esta idea pone de manifiesto la falla o el déficit estructural de las relaciones objetales en los momentos evolutivos, la simbiosis y la separación - individuación los cuales son fundamentales para la estructura de representación del sí - mismo y del objeto, y como punto neural para el síntoma adictivo.

Con base a esto, se puede entender el síntoma como un mecanismo funcional para el mantenimiento de la estructura psíquica, paradójicamente para su preservación, ya que salvaguarda y protege al psiquismo de una posible desorganización o fragmentación, a partir del contacto con la realidad (Fenichel, 1966). Por otra parte, la angustia y frustración que debe de enfrentar el sí - mismo y que generan una desorganización del Yo y la pérdida de identidad estructurada hacen que el síntoma adictivo aflore absurdamente para proteger el psiquismo; lo que evidencia que existen individuos que abusan de las conductas adictivas para cuidarse de la desintegración que provocaron las tempranas relaciones objetales de este.

Ahora bien, ¿qué tienen que ver las identificaciones con el síntoma adictivo? Entendiendo el síntoma como el resultado de fallas o déficit en el desarrollo temprano, Abadi (2001) explica por qué ciertos individuos clínicos serán más vulnerables a recurrir a este tipo de fenómenos adictivos. Relata que, en el mundo interno y el externo del niño se crea un espacio que permite constituir el pensamiento, es decir, que en el desarrollo del niño algunos objetos de satisfacción ofrecidos por la madre y elegidos por el infante pueden favorecer la constitución del pensamiento, además de protegerlo de la pérdida, como el riesgo de fusionarse con el objeto.

Los objetos introyectados por el niño son transicionales con una función de precursor simbólico, con esto, el infante desarrolla la capacidad de usar símbolos, cuya finalidad será de reemplazar el objeto ausente y favorecer el reencuentro con el objeto al cual representa. Con base a esto, el mundo interno y externo quedan unidos pero paradójicamente separados por los fenómenos transicionales los cuales están representados por el juego.

Cuando la relación con ciertos objetos es persistente de forma prolongada y exclusiva, se denomina cronificación patológica o de uso fetichizado (Winnicott, 1957). Aquí el objeto no sirve para “tramitar” la ausencia sino para negarla, con esto, el niño y posteriormente en su desarrollo de vida tendrá la tendencia a buscar objetos concretos de los cuales dependerá adictivamente para disminuir el sentimiento de vacío y soledad. Entre las múltiples consecuencias puede aparecer: adicciones, ciertas formas de consumismo, búsqueda de satisfacción directa con dificultades en la sublimación. (Abadi, 2001).

Con lo anterior se puede observar los conflictos de persistencia y ambivalencia primitiva como la dependencia - independencia del uso de objetos como los articula el adolescente adicto, estos individuos con una relación conflictiva con la propia dependencia puede ser potenciales abusadores de sustancias psicoactivas, los que lo lleva a relacionarse con cosas a las que pueden “ilusoriamente” controlar, explorar y usar a voluntad. El estilo adictivo se puede manifestar tanto en las relaciones interpersonales como en otras formas de adicción.

En estos casos se observa con frecuencia las adicciones que se agravan debido a los fracasos afectivos durante el periodo de la adolescencia, el uso de cigarrillo, alcohol, psicofármacos, drogas tiene una función de reemplazo ocupado por el lugar del objeto faltante. La dependencia extrema y la independencia reactiva, remite a la ausencia de un objeto interno, el cual el individuo necesita “desesperadamente” de él para incorporarlo o negarlo.

Finalmente, el adolescente adicto tratará a las personas como cosas que solo tendrán valor a medida que necesita de él (Abadi, 2001). Podría pensarse entonces que existe una breve incapacidad para establecer vínculos estables, aceptación de límites, diferencias y reconocimiento que toda relación humana implica.

Es lo que Mitchell (1981) indica cuando señala las ideas de Klein y Fairbairn sobre el papel estructural de las relaciones objetales:

La incorporación del objeto es el proceso a través del cual el individuo intenta lidiar con las frustraciones surgidas en las relaciones tempranas. Si este entra en posteriores dificultades en sus relaciones con las demás personas, regresará a estos objetos incorporados a edad temprana y de manera regresiva, reactivará sus relaciones con estos (...). El infante es visto por naturaleza como un ser que tiende a incorporar objetos de la realidad exterior, lo cual

es una propiedad para con el mundo (...). La necesidad primaria de incorporar objetos exteriores es esencialmente libidinal (p. 8).

La organización de todo esto es fundamental para la construcción de la estructura del yo, el uso de los mecanismos de defensa para el establecimiento del sí-mismo y de la identidad (Kohut, 1989). Por ende, la calidad de la relación dada por el objeto primordial es esclarecer la formación de patrones relacionales que medien la representación del sí-mismo y el objeto.

Según Erikson (1972) “la noción central es la identidad personal. La identidad personal es, por una parte, el sentimiento de una continuidad existencial en el tiempo y espacio y el del ser uno mismo: “ese”; y, por otra parte, es el reconocimiento a través de las miradas de los demás, de esa continuidad y esa similitud. De esa interacción surge una determinada representación del Yo, un determinado sentimiento de ser de tal modo” (p. 4). Esto constituye la integración de diversos sentimientos de identidad que, en su totalidad, dejan una huella.

Ahora bien, ese sentimiento de identidad invade la conciencia lúcida pero a su vez genera una marca en el inconsciente, es decir, que existe la gran posibilidad de que cada cual es influido tanto en sus actos, en sus afectos, su modo de ser, sentir y reaccionar por un sentimiento de confianza estructurada por las relaciones con los demás (Guichard, 1995). Podría pensarse entonces que Erikson en una parte de su teoría inscribe sus cimientos en el concepto de identidad basado en el sentimiento de hacer lo que la gente espera que se haga bajo las exigencias del entorno.

Según esto, la adolescencia es una etapa de moratoria psicosocial como lo nombra Erikson en su libro *Identity and the life cycle* (1980). El cual considera que la adolescencia está en la última etapa de la niñez, esta etapa es descrita como un espacio para experimentar diferentes roles. De esta forma, se desplaza el mecanismo del juego de la infancia hacia la adolescencia donde se juega a ser distintos personajes.

Este traslado es necesario para la constitución de una identidad final, que consiste en las interiorizaciones de los elementos del entorno. Y como narra Erikson (1972) “algunos adolescentes han de enfrentarse una vez más a las crisis de los primeros años antes de poner instalar ídolos e ideales duraderos como guardianes de una identidad final. Necesitan, ante todo, una moratoria para integrar elementos de identidad asignados” (p. 125).

Estas tentativas de formación de identidad final se realizan a partir de formaciones transitorias, las cuales se expresan mayormente en la diversidad de las subculturas juveniles. El

adolescente que conserve una necesidad de integración buscará con fervor ideas en las cuales pueda depositar su fe (Guichard, 1995). Esta conclusión puede asociarse a lo mencionado por Vernant (1989) donde un griego forja su identidad a partir del otro, que tiene enfrente, en su mirada. Este otro tal vez tenga rasgos de un dios, o lleve la máscara de la muerte, o se presente en el rostro de un ser querido. Estas formas son espejos reveladores en los que se intenta discernir el reflejo del Yo. En este caso, la representación del Yo no se basa en rasgos de personalidad sino que utiliza rasgos y estereotipos externos, es decir una identificación.

Ya abordado el concepto de identidad, identificaciones y los fenómenos que giran en torno a las conductas adictivas, es válido afirmar cómo este tipo de comportamientos no se encamina a la búsqueda de felicidad, sino a la evitación del displacer (Gutiérrez, et al., 2018). Las dinámicas conflictivas que giran en torno a la etapa de la adolescencia a veces resultan gravosas, dolorosas, desengañantes, con tareas insolubles y para soportar esto debe prescindir de calmantes, como distracción, sustituto que se vuelve insensible a la crisis individual por la cual es atravesado el adolescente. En este plano podría decirse que el otro como objeto, entraría como soporte, como ideal que encaminará al individuo a solventar las exigencias de su entorno y sus conflictos intrapsíquicos en el desarrollo evolutivo de esta etapa de la vida.

2 Conclusiones

La dependencia en un principio es una acción inevitable de la realidad, desde los inicios de la vida la búsqueda de un aferramiento que satisfaga las necesidades del individuo es indispensable para la supervivencia. Al inicio, la inmadurez del individuo es compensada por la presencia de la madre pero en la confluencia de varias experiencias, la introyección de los objetos, y la confianza en el ambiente, concluirá la forma en que la exogamia del adolescente determinará sus ideologías, ideales de grupo, proyectos individuales y a partir de aquí la posible aparición de una conducta adictiva.

Además, por medio del presente escrito, fue posible percibir que la relación entre conductas adictivas y procesos identificatorios en la adolescencia parecen ser transversalizadas por dos aspectos duales; sufrimiento y placer, estos dos elementos fueron característicos para el desarrollo de la dependencia. Es así como el uso y abuso de sustancias psicoactivas puede observarse en el marco subjetivo de placer y displacer; en ocasiones los adolescentes encuentran este tipo de práctica como alternativa para nombrar aquello que ha sido innombrable. Como lo menciona Murillo (2012), algunos sujetos adolescentes ante la dificultad de dar explicación a su malestar pueden acudir a algo que sí tiene nombre como las drogas, mientras la angustia no puede hablar de su por qué, el consumo sí puede dar cuenta de esto. En este sentido, y de acuerdo con la revisión documental realizada las conductas adictivas pueden situarse en el marco de una seudoperversión, teniendo en cuenta que la sustancia en algunos casos sirve como un sustituto que niega la ausencia de un objeto interno.

Además de esto, se podría pensar que el sufrimiento y el placer provienen no sólo de una cuestión interna o ausencia como lo nombran los diferentes autores, sino del mundo exterior y del vínculo con los demás, así pues, las conductas adictivas devienen no sólo de una experiencia individual sino del carácter social y del vínculo con el otro semejante. Como lo nombra Teresa Olmos de Paz (2018) en su libro *Los huéspedes del yo* “es por la historia del vínculo con sus objetos que el yo construye su propia historia”. (p. 12). Es decir, que los vínculos sociales, familiares le proporcionan al niño ciertas identificaciones para representarse en un espacio, tiempo y un lugar.

Estos resultados subrayan la importancia de abordar las percepciones y el consumo de sustancias desde una perspectiva regional y contextualizada. No solo es crucial considerar las diferencias por tipo de sustancia y edad, sino también comprender las particularidades de cada

territorio para implementar estrategias de prevención y educación efectivas. Los escolares acceden con mayor facilidad a las bebidas alcohólicas. Esta situación es particularmente grave, teniendo en cuenta que la normatividad colombiana prohíbe la venta de alcohol y tabaco a menores de edad.

Finalmente, es importante tener en cuenta que el consumo no es un elemento propio de la adolescencia, puesto que puede darse en cualquier momento de la vida, incluso antes de la adolescencia; el consumo no se da en todos los adolescentes; la experiencia no es igual en todos los sujetos y no siempre se llega a la dependencia.

Referencias

- Abadi, S. (2001). El origen temprano de las patologías adictivas. *Vitae: Academia Biomédica Digital*, (7). <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1227904>
- Aberastury, A. (1969). El adolescente y la libertad. *Revista uruguaya de psicoanálisis*, 11(2), 151-165.
- Becoña, E., Martínez, U., Calafat, A., Fernández-Hermida, J.R., Juan, M., Sumnall, H. & Gabrhelík, R. (2013). *Parental permissiveness, control, and affect and drug use among adolescents*. *Psicothema*, 25(3), 292-298. 10.7334/psicothema2012.294
- Bowlby, J. (1958). *The nature of the child's tie to his mother*. *International Journal of Psycho-Analysis*, 39, 350-373.
- Blos, P. (1972). *La epigénesis de la neurosis adulta*. En L. Grinberg (Ed.), *Prácticas psicoanalíticas comparadas en niños y adolescentes* (pp. 24-47). Paidós.
- Blos, P. (1981). *La transición adolescente*. ASAPPIA.
- Bueno, Gustavo (1996): «Sobre el concepto de espacio antropológico». En *El sentido de la vida*. Oviedo: Pentalfa.
- Carmona, N. D. M., & Lever, J. P. (2017). Factores familiares y psicosociales asociados al consumo de drogas en adolescentes. *Revista Interamericana de Psicología/Interamerican Journal of Psychology*, 51(2), 141-151.
- Córdova, A.J., Rodríguez, S.E. y Díaz, D.B. (2010). Bienestar subjetivo en jóvenes mexicanos usuarios y no usuarios de drogas. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 12 (2), 147-162
- Dávila, Oscar (2004): «Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes». *Última Década* N°12. Valparaíso: Ediciones CIDPA.
- Delval, Juan (2002): *El desarrollo humano*. Madrid: Siglo XXI.
- Detienne, M., & Vernant, J. P. (1989). *The cuisine of sacrifice among the Greeks*. University of Chicago Press.
- Dör, J. (1990). *El padre y su función en psicoanálisis* Buenos Aires: Ed. Nueva Visión.
- Erikson, E. (1963). *Childhood and society*. New York, NY: Norton
- Erikson, E. H. (1980). *Identity and the life cycle*. W W Norton & Co.
- Erskine, H. E., Baxter, A. J., Patton, G., Moffitt, T. E., Patel, V., Whiteford, H. A., & Scott, J. G. (2017). The global coverage of prevalence data for mental disorders in children and adolescents. *Epidemiology and psychiatric sciences*, 26(4), 395-402.
- Fairbairn, W. (1978). *Estudio psicoanalítico de la personalidad*. Editorial Hormé.
- Fenichel, O. (1966). *Teoría psicoanalítica de las neurosis*. Editorial Paidós.

- Fernández, Tomás Ramón y Purificación Gil (1990): «El nacimiento de la psicología evolutiva». En Juan Antonio García Madruga y Pilar Lacasa (directores): *Psicología evolutiva: Vol. I. Historia, teorías, métodos y desarrollo infantil*. Madrid: UNED.
- Frizzera, O. (2001). Cuerpo y adicciones en la adolescencia. *Actualidad psicológica*, 290.
- Guichard, Jean, la escuela y las representaciones del futuro de los adolescentes, Augusto Herranz (trad), Barcelona 1995, *Ed Laertes (Psicopedagogía, 75)* pp 55-68.
- Gutiérrez-Peláez, M., Blanco-González, L. A., & Márquez, C. (2018). Aportes de la teoría psicoanalítica para la comprensión de las adicciones. *Civilizar Ciencias Sociales y Humanas*, 18(34), 201-222.
- Greenberg, J. y Mitchell, S. (1983). *Object relations in psychoanalytic theory*. Harvard Universities Press.
- Hernández, R. V. (2006). *La teoría de Karen Horney*. Psiquiatria.com
- Horner, A. (1982). *Object relations and the developing ego in therapy*. Ed. Hason Aronson.
- Ives, E. (2014). La identidad del Adolescente. Cómo se construye. *Revista de formación continuada de la sociedad española de medicina de la adolescencia*, 2(2), 14-18.
- Jiménez, T. (2011). Autoestima de Riesgo y Protección: Una Mediación entre el Clima Familiar y el Consumo de Sustancias en Adolescentes. *Psychosocial Intervention*, 20(1), 53-61. 10.5093/in2011v20n1a5
- Kernberg, O. (1979). *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*. Editorial Paidós.
- Kohut, H. (1989). *Análisis del self*. Amorrortu editores.
- Klein, A. (2002). *Imágenes del adolescente desde el psicoanálisis y el imaginario social: condiciones de surgimiento de la adolescencia desde la modernidad y el disciplinamiento adolescentizante desde la pos-modernidad* Montevideo: Psicolibros.
- Klein, A. (2014). Exploración de las ideas de Winnicott sobre la adolescencia y el conflicto de generaciones. *Estudios de psicología (campinas)*, 31, 169-178.
- Knight, J. R., Sherritt, L., Harris, S. K., Gates, E. C., & Chang, G. (2003). Validity of brief alcohol screening tests among adolescents: a comparison of the AUDIT, POSIT, CAGE, and CRAFFT. *Alcoholism: Clinical and experimental research*, 27(1), 67-73.
- Lozano Vicente, A. (2014). Teoría de teorías sobre la adolescencia. *Última década*, 22(40), 11-36.
- Mitchell, S. (1981). The Origin and Nature of the “Object” in the Theories of Klein and Fairbairn. *Contemporary Psychoanalysis*, 17, 374-398
- Molinero, O., Salguero, A., Castro-Piñero, J., Mora, J. & Márquez, S. (2011). Substance abuse and health self-perception in Spanish children and adolescents. *Nutrición Hospitalaria*, 26(2), 402-409. 10.3305/nh.2011.26.2.5055
- Murillo, D. (2012). *Toxicomanía: Síntoma Contemporáneo Y El Discurso Capitalista*. Guayaquil: Universidad Católica De Santiago De Guayaquil.

- Mahler, M. (1977). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Ediciones Marymar.
- Muuss, Rulf (1988): *Theories of Adolescence*. New York: McGraw-Hill.
- Observatorio de drogas de Colombia (2022) *Estudio nacional de consumo de sustancias psicoactivas en población escolar* <https://www.minjusticia.gov.co/programas-co/ODC/Documents/Publicaciones/Estudio%20nacional%20escolares.pdf>
- Palacio, A. (2011). Una aproximación desde el psicoanálisis a la toxicomanía y su relación con el mundo contemporáneo. *Revista Análisis*, (8), 169-173. Centro Coordinador de la Investigación de la Federación Internacional de Universidades Católicas (FIUC) y Fundación Universitaria Luis Amigó (FUNLAM).
- Pérez, A. F. P. (2022). Relaciones objetales, trastornos de la personalidad y drogodependencia. *Revista de Ciencias Sociales*, (177), 97-106.
- Piedra, T. R., Masa, B. R., Chamba, A. T., & Ruiz, J. S. (2020). *El consumo de sustancias psicoactivas y su influencia en el desarrollo integral*. Journal of business and entrepreneurial studies, 4(1).
- Ponce-Bacusoy, M, Suarez-Martínez, F, y Pincay-Parrales, E.(2021). *Trastornos del comportamiento asociados a sustancias psicoactivas en estudiantes de bachillerato de la Unidad Educativa Fiscal Alejo Lascano. Dominio de Las Ciencias*, 7(2 Marzo Especial), 135–150. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/8386003.pdf>
- Puchol, M. (2019). Los huéspedes del yo: las identificaciones y desidentificaciones en la clínica psicoanalítica. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 53(3), 218-226.
- Rodríguez, C. (2014). *Psicopatología psicoanalítica relacional*. Editorial Ágora Relacional.
- Rodríguez Rodríguez, M., y García Padilla, F. M. (2021). El uso de videojuegos en adolescentes. Un problema de Salud Pública. *Enfermería Global*, 20(2), 557–591. <https://doi.org/10.6018/eglobal.438641>
- Rull, A. G. (2018). *La construcción adolescente atravesada por la violencia y las toxicomanías: desde la generalidad de la imputabilidad a lo singular del caso Ramiro*. Repositorio Institucional UCES
- Sánchez-Sosa, J.C., Villareal-González, M.E., Ávila Guerrero, M.E., Vera Jiménez, A. y Musitu, G. (2014). Contextos de socialización y consumo de drogas ilegales en adolescentes escolarizados. *Psychosocial Intervention* 23(1), 69-78. 10.5093/in2014a7
- Tumbaco Quimis, G. (2018). *Consumo problemático de sustancias adictivas en los adolescentes Unidad Educativa Quiteño Libre*. Repositorio Digital UNESUM
- Winnicott, D.W. *El niño y el mundo externo*. Ediciones Hormé, editorial Paidós, 1965. Edición original: Londres 1957.
- Winnicott, D. W. (1965). *El proceso de maduración en el niño: estudios para una teoría del desarrollo emocional. En el proceso de maduración en el niño: estudios para una teoría del desarrollo emocional* (pp. 340-340).
- Winnicott, D. (1972). *Realidad y juego* Barcelona: Gedisa.

Winnicott, D. (1993). *Exploraciones psicoanalíticas*. Paidós.